

enero de 1601 pudo en Lyon firmarse la paz entre Francia y Saboya.

Las condiciones eran: Carlos Manuel cede a Francia todo el país situado a la orilla derecha del Ródano, a Bresse, Bugey, Valromey, Gex y Château-Dauphin, demuele a Bèche-Dauphin y paga 100 000 escudos. En cambio de esto Enrique deja el margraviato de Saluzzo y algunas fortalezas hasta entonces francesas del lado oriental de los Alpes a Saboya, la cual se queda también con el puente sobre el Ródano de Gressin y los pueblos adyacentes como enlace de comunicación entre Italia, el Franco Condado y los Países Bajos, con la condición de que allí no se construya ningún fuerte ni se cobre tributo alguno. Demás de esto el rey de Francia se obligó a la restitución de todas las plazas conquistadas. La ratificación del tratado debía efectuarse dentro de un mes (1). Para que se observase este plazo, dió al punto Aldobrandini los pasos apropiados. Pero en Aviñón quedó sobresaltado con la noticia de que Carlos Manuel oponía nuevas dificultades. Pero el legado tomó sin tardanza disposiciones contra esto, en lo cual mostró gran habilidad diplomática. Respiró, cuando el duque efectuó al fin el 6 de marzo la ratificación (2).

Así contra la esperanza de los más fué conseguida la paz, a la que habían puesto innumerables obstáculos la poca escrupulosidad de Carlos Manuel, las artes de los españoles y la suspicacia de los franceses. En el mérito de haber alcanzado este resultado tuvo parte también el Papa por manera relevante además del cardenal legado Aldobrandini. Incansablemente había hecho Clemente VIII todo lo que podía, sin intermisión había exhortado al legado a perseverar pacientemente y compartido con él las alegrías y las penas (3). Por esto fué sumamente grande su satisfacción, cuando un propio enviado por Aldobrandini le trajo el 11 de marzo de 1601 la noticia ansiosamente esperada (4) de la ratificación de la paz; abrazó al mensajero y le besó (5). Después se trasladó a San Pedro, donde se

(1) V. Du Mont, V, 2, 10 s.

(2) Sobre estos esfuerzos no mencionados por Bentivoglio v. ahora la relación de Aldobrandini en Fumi, 126 s. Cf. Richard, *Légation*, 67 s.

(3) V. Manfroni en el Arch. d. Soc. Rom., XIII, 108.

(4) V. la *relación de J. C. Foresto, de 10 de marzo de 1601 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), en el n.º 44 del apéndice.

(5) V. la carta de Clemente VIII a Aldobrandini en el Arch. d. Soc. Rom., XIII, 138, el *Avviso de 14 de marzo de 1601, Urb., 1069, *Bibl. Vaticana*, la *relación de R. della Torre a Rodolfo II, fechada en Roma a 17 de marzo de 1601, *Archivo público de Viena*, y Lettres d'Ossat, II, 333. J. C. Foresto *notificó

entonó el tedéum. En el castillo de San Ángel se dispararon cañonazos en señal de alegría (1) y los romanos se llenaron de regocijo (2). Cuando el Papa el 14 de marzo hizo notar en el consistorio, que no se habían de dar gracias a él o al cardenal legado, sino a Dios nuestro Señor, el historiador de la Iglesia, cardenal Baronio, hizo resaltar debidamente el mérito de Clemente VIII (3). Lo mismo hizo el camarero pontificio Stella en el discurso que pronunció el 21 de marzo después del tedéum, en el cual mencionó también los méritos de Enrique IV y Aldobrandini (4). Al anochecer del 29 de marzo llegó inesperadamente con todo secreto el cardenal Aldobrandini a Roma; radiante de alegría le recibió el Papa (5). Su entrada solemne no la hizo el cardenal legado hasta el 3 de abril. Prescindióse de que hiciese una relación de todo en el consistorio (6); el hecho de la paz hablaba por sí mismo.

También Enrique IV y Felipe III, cada uno desde su punto de vista, tenían motivo para no estar descontentos del convenio ajustado en Lyon. Lo mismo hubiera tenido que decirse a sí también Carlos Manuel, quien debió al Papa el que su territorio, redondeado en sitio favorable fuese ahora una potencia puramente italiana. Pero el duque estaba muy lejos de sospechar la importancia del cambio efectuado. Con su codicia sólo veía lo que había perdido en la paz, no lo que había ganado. Con acerbas palabras acusó a los españoles y se apartó de ellos (7).

desde Roma el 27 de enero de 1601, que el lunes había llegado un correo de Aldobrandini, el cual refirió tales cosas, que se tenía por segura la paz entre Francia y Saboya (*Archivo Gonzaga de Mantua*). El 16 de febrero *agradeció Clemente VIII al gran duque de Toscana su gratulación por la paz (Arm. 44, t. 45, n. 53, *Archivo secreto pontificio*).

(1) V. Lettres d'Ossat, II, 333; Arch. d. Soc. Rom., XIII, 109.

(2) V. el *Avviso de 14 de marzo de 1601, Urb., 1069, *Bibl. Vaticana*. Un *Avviso de 22 de septiembre de 1601 (ibid.) da cuenta de haberse colocado una inscripción conmemorativa en el Capitolio. El portugués Manuel Constantino, poeta de los Aldobrandinis, publicó entonces su Carmen ad card. P. Aldobrandinum de pace inita inter Henricum IV Galliae regem et Carolum Em. Allobrogum duces, Romae, 1601.

(3) V. *Acta consist., Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*, y el *Avviso de 20 de marzo de 1601, Urb., 1069, ibid.

(4) V. el *Avviso de 24 de marzo de 1601, ibid.

(5) V. el *Avviso de 31 de marzo de 1601, ibid.; Lettres d'Ossat, II, 345.

(6) V. Lettres d'Ossat, II, 346; *Acta consist. al 3 y 4 de abril de 1601, Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*.

(7) V. Philippson, Enrique IV, tomo I, 119 ss., 121 s. A este lugar pertenece la *carta autógrafa sin fecha de Clemente VIII a Enrique IV existente en

Poco después del tratado de Lyon se verificó también un cambio en las relaciones entre España y Francia, que podía dar esperanza de una inteligencia duradera. A fines de mayo de 1601 efectuóse la ratificación de la paz de Vervins hasta entonces dilatada con varios pretextos, y activada con el mayor ardor por el Papa (1) con un solemne juramento por parte de Felipe III (2). Clemente VIII dió las gracias al Rey en una carta autógrafa (3). El Papa deseaba, como dijo repetidas veces a Ossat, que no solamente reinase paz, sino también que hubiese amistad entre Enrique IV y Felipe III (4), pues sólo así era posible la gran liga contra los turcos, que el cardenal Aldobrandini había propuesto en su legación. En un consistorio de 22 de octubre de 1601 advirtió el Papa, que de la concordia de los reyes de Francia y España, los mayores y más poderosos monarcas de la cristiandad, dependía la felicidad de ésta (5).

Dos años después de firmada, la paz de Lyon fué otra vez puesta en contingencia por el inquieto duque de Saboya. Confiando en sus relaciones de parentesco con España, Carlos Manuel quiso apoderarse de la ciudad de Ginebra. No le daba cuidado el que no pudiese contar con nadie, y menos con Enrique IV, para un apoyo de sus planes, pues el rey de Francia había declarado expresamente el 13 de agosto de 1601, que incluía a Ginebra entre los «aliados de los trece cantones» y por eso la consideraba puesta bajo la protección de la paz de Lyon (6). Con todo si Carlos Manuel se resolvió a romper la paz y retar sencillamente al rey de Francia, contribuyó a ello seguramente la conducta del gobernador de Milán, Fuentes, el cual trasladó a Saboya un extraordinario número de tropas españolas, y se afanó por alcanzar del gabinete de Madrid el consentimiento para

el Arm. 45, t. 41, p. 40, en la que se dice: Premendoci tanto, quanto fa la conservatione della pace, può ben credere V. M., quanto piacere habbiamo sentito del final accomodamento delle cose di Savoia, convenando molto bene, che chi teme d'un incendio, vigili ancora le faville, dalle quali si può accendere. Sigue la acción de gracias por los pasos que ha dado, los cuales le han sido comunicados por el nuncio francés y el suizo. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Cf. las *instrucciones al nuncio español de 11 y 15 de mayo de 1601, Barb., 5852, *Bibl. Vaticana*.

(2) V. Philippon, loco cit., 124 s. Cf. Fuentes e investigaciones del Instit. prusiano, XV, 305 s.

(3) Cf. la *carta de Aldobrandini al nuncio español, fechada el 13 de julio de 1601, Barb., 5852, *Bibl. Vaticana*.

(4) V. Lettres d'Ossat, II, 449, 496.

(5) V. *Acta consist., Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*.

(6) V. Philippon, Enrique IV, tomo I, 257.

una acción común con las tropas de Carlos Manuel (1). El duque procuró naturalmente ganar también a Clemente VIII para su plan, pues sabía que a éste le era odiosa la metrópoli del calvinismo, como a todo Papa. Pero llegó de Roma una respuesta negativa. En otras circunstancias quizá habría sido dada en tono menos decidido, pero poco después de la conclusión de la paz de Lyon Clemente VIII era adverso enteramente a una empresa bélica, la cual además le parecía muy insegura en manos del saboyano, y como quiera que fuese, obligaría a Enrique IV a proteger a Ginebra. Como en Madrid, así también en Turín se esforzó el Papa por su nuncio para que se mantuviese la paz (2).

A pesar de esto Carlos Manuel perseveró en el plan una vez concebido. Para la ejecución del proyecto contra Ginebra se sirvió de su gobernador de Saboya, el señor de Albigny, Carlos de Simiane. A fines de 1602 reuniéronse con todo secreto tropas saboyanas en el valle del Arve; en la oscura noche del 21 al 22 de diciembre Albigny intentó apoderarse de Ginebra por una acometida repentina, como era en aquel tiempo cosa nada desacostumbrada (3). Sin embargo, el ataque, la llamada Escalada, frustróse completamente (4). Designa bien la disposición de ánimo de la curia el que la noticia de ello causase en Roma no disimulada alegría (5). También Clemente VIII desaprobó de un modo inequívoco el peligroso intento del saboyano y nada omitió para impedir una complicación bélica. Todo su conato iba dirigido a mantener la paz con tanto trabajo conseguida (6), la cual no debía ponerse otra vez en contingencia aun sólo por causa de la guerra contra los turcos.

(1) V. Documents sur l'Escalade de Genève tirés des archives de Simancas, Turin, Milan, Rome, Paris et Londres, Genève, 1903, 59 s.; Dierauer, III, 411.

(2) Cf. el artículo de Alain de Becdelièvre que se apoya en la gran publicación Documents sur l'Escalade de Genève, citada en la nota anterior, en los Études, XCVII (1903), 398 ss.: Clément VIII et la République de Genève à l'époque de l'Escalade. V. también De Crue, L'Escalade de Genève et la Ligue, Genève, 1903.

(3) Cf. Holländer en la Revista para la hist. del Rin superior, nueva serie, XVII sobre el plan del duque Enrique de Guisa en 1579 contra Estrasburgo.

(4) La bibliografía especial sobre la Escalada, de la cual consérvanse trofeos en el museo de Ginebra y cuya memoria se celebra todavía hoy allí con fiestas, está reunida en Dierauer, III, 412, nota 1 y en la Cambridge Mod. History, III, 833. Cf. ahora también Rev. Savoisiennne, 1920, 31 ss., 92 ss.

(5) V. la *relación de Lelio Arrigoni, de 4 de enero de 1603, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) V. el artículo de A. de Becdelièvre, p. 397 s., citado en la nota 2 de

Como a Francia y Saboya, así también procuró Clemente VIII reconciliar a Francia y España. Llenábale de gran dolor el que la paz entre las dos fuese más aparente que real. Si se lograba producir aquí una mudanza y efectuarse, si fuese posible, una unión entre las dos potencias católicas más fuertes, podía llevarse a efecto la liga contra los turcos tan deseada por Clemente VIII. Un medio excelente para esto parecía ser una unión matrimonial franco-hispánica. El gran político realista que se sentaba en el trono de Francia, había expresado el deseo de esto en el otoño de 1601, pero no había recibido respuesta alguna de la corte española (1). A fines de 1602 reanudó el plan Enrique IV. Esta vez parecían inclinados en Madrid a acceder a su deseo. El duque de Lerma hizo rogar a Clemente VIII por el nuncio de Madrid Ginnasio, que se encargase de mediar para el logro de esta unión matrimonial. Pero por muy deseado que fuese del Papa un enlace de parentesco entre las dos grandes potencias católicas que se habían combatido tanto con daño de la Iglesia, y esto especialmente por causa de la guerra contra los turcos, sin embargo no desmintió su sentido político a la vista de esta seductora perspectiva. Como siempre, así también ahora procedió con mucho miramiento y aceptó la demanda con satisfacción, pero al mismo tiempo con extraña frialdad, pues temía que con una directa y formal propuesta de matrimonio antes bien acrecentaría la desconfianza entre las dos casas, que la alejaría. Primeramente habían de quitarse de en medio los impedimentos que se oponían al plan. Este fin pretendían sus breves dirigidos en enero de 1603 a Enrique IV y Felipe III. En el primero no se toca el proyecto de matrimonio, sobre el cual el Papa sólo quería negociar con el nuncio de París y el embajador francés en Roma. Pero a Felipe III se le dirigió la pregunta de cuál era su posición respecto a este negocio (2). La circunspección de Clemente VIII se mostró enteramente justificada: en París se despertó la antigua desconfianza con los españoles, pero Felipe III se envolvió en un elocuente silencio. La oposición entre

esta misma página. Aquí también se trata más en particular sobre la posición de la Santa Sede respecto al tratado de Saint-Julien y sobre la enérgica carta autógrafa de Clemente VIII, de 18 de abril de 1603, a Enrique IV (impresa en los *Documents sur l'Escalade de Genève*, 381 s.). Cf. también Couzard, *Ambassade*, 60 s.

(1) V. Hildebrandt en las Fuentes e investigaciones del Instit. prusiano, XV, 306 s.

(2) V. *ibid.*, 308 s.

España y Francia aumentóse nuevamente y amargó los últimos años de la vida de Clemente VIII (1).

V

La envidia y la desconfianza entre las cortes de Madrid y París se había manifestado siempre vivamente en Roma misma. Enrique IV, como prudente y perspicaz hombre de estado, apreciaba mucho más que Felipe III la importancia política del Papa no sólo como príncipe italiano, sino todavía más como cabeza de todos los católicos. Sabía qué provechos había sacado España durante la última generación del apoyo material y moral que le había prestado la Santa Sede; conocía exactamente con cuánta habilidad la diplomacia española había sabido encubrir sus fines ambiciosos con el celo de la causa católica. Enrique IV consideraba como una de sus principales incumbencias, aprovechar el descubrimiento de estas maquinaciones para dar un golpe mortal al influjo español tanto tiempo dominante en Roma y procurar de nuevo a la Francia católica el influjo por ella perdido en la curia. Si logró llevarla a feliz término, debió este buen éxito no sólo a una serie de circunstancias favorables, sino sobre todo a la eminente habilidad del diplomático que desde mediados de octubre de 1601 ejercía el cargo de embajador francés cerca de Clemente VIII; era el hermano de Sully Felipe de Béthune (2). Por el mismo tiempo se proveyó también de nuevo la nunciatura de París: sustituyó a Silingardi el obispo de Camerino, Inocencio Búfalo (3).

El encargo que dió el rey de Francia a Béthune, era doble (4).

(1) V. *ibid.*, 309 s.

(2) Para lo que sigue cf. la excelente monografía de Couzard: *Une ambassade à Rome sous Henri IV*, París, 1900, la cual se apoya principalmente en las relaciones del embajador a Enrique IV y Villeroy conservadas parte en la Biblioteca Nacional de París (F. franç. 3492/94), parte en el Archivo del conde Béthune-Sully en el castillo Sully-sur-Loire.

(3) La *instrucción para Búfalo está en Nunziat. di Francia, 291, p. 1 s., *Archivo secreto pontificio*. Las *relaciones de Búfalo de 1601 a 1604 se hallan en el Barb., 5831/33 (la última carta desde Lyon de 25 de octubre de 1604; hasta la llegada del nuevo nuncio Barberini administró la nunciatura de París Agustín Gajosi), las *Lettere del card. Aldobrandini a Búfalo desde el 12 de julio de 1601 hasta el 4 de enero de 1605 en el Barb., 5830, *Bibl. Vaticana*. *Ibid.* las cartas cifradas desde el 19 de julio de 1602 hasta el 21 de septiembre de 1604.

(4) V. la *instrucción para Béthune fechada a 23 de agosto de 1601, en el F. franç. 3465 de la *Bibl. Nacional de París*. Cf. Couzard, 5 s., 221 s.

Primeramente debía Béthune disipar todas las dudas sobre la ortodoxia de Enrique IV y debilitar las acusaciones de los españoles, deducidas de las concesiones otorgadas a los hugonotes por el edicto de Nantes, así como de la ayuda que prestó el rey de Francia a los flamencos rebeldes, y de sus relaciones con Inglaterra. Pero no se trataba solamente de ganar para Francia al Papa reinante; para asegurar un buen éxito duradero debía también formarse un partido adicto al rey cristianísimo en el colegio cardenalicio, el cual durante las guerras francesas de religión y por efecto de la debilidad de los últimos Valois había caído demasiado bajo la influencia española. En ambos respectos logró Béthune alcanzar muy notables éxitos. Favorecióle en ello de un modo extraordinario el que el prudente Clemente VIII y con él muchos de Roma sintiesen gravemente la opresiva dependencia de España, así como el que el gabinete de Madrid y sus representantes repetidas veces con sus imprudencias trabajasen en provecho del rival francés.

La presencia de Béthune en Roma sobrevino en un momento favorable, pues poco antes de su llegada la dinastía de su monarca había recibido una importante nueva prenda de su porvenir con el nacimiento del delfín. Cómo se acrecentaban en la curia las esperanzas en Francia, muéstralo la circunstancia de que Clemente VIII y algunos cardenales, que como él estaban cansados de la tutela española, salieron de su reserva de una manera notable. El Papa hablando con Béthune expresó la esperanza de que después de su muerte Enrique IV se interesaría por sus nepotes. El cardenal Pedro Aldobrandini manifestó la confianza de que Béthune lograría levantar de nuevo la reputación de los franceses en la curia. Enrique IV conoció al punto qué provecho podía sacar de esta situación; pidió a Clemente VIII, que fuese padrino del delfín, y colmó de atenciones al enviado especial mandado a Francia, Mafeo Barberini (1).

Sin embargo, el cometido de Béthune era muy difícil. Francia, a pesar de los esfuerzos de Ossat, tenía en la curia pocos amigos de confianza, al paso que los españoles ejercían todavía en el colegio cardenalicio el influjo prepotente de que gozaban desde hacía una generación. Los cardenales tenían que hacer grandes gastos, pero generalmente no disfrutaban sino de pequeños ingresos, de manera que en cierto respecto se veían obligados a procurarse pensiones y

(1) V. Couzard, 225 s.

presentes. España sabía aprovecharse sin miramiento de esta circunstancia, y en las elecciones pontificias excluía a todos los candidatos que no le fuesen incondicionalmente adictos. Por eso la mayor parte de los cardenales no quería quebrar con el poderoso protector de la Iglesia. Aun cuando ellos, como Salviati, se inclinaban interiormente más a Francia, no se atrevían a mostrarlo exteriormente. Sólo pocos cardenales eran tan severos como Baronio y tan independientes como Médicis, los cuales manifestaban sin rebozo sus simpatías por Francia (1).

Ossat en junio de 1596 había hecho notar cuán grande era el poder de los españoles en el colegio cardenalicio; indicó entonces a vista de la inminente promoción de cardenales, que en el Sacro Colegio sólo se hallaban dos franceses, los cuales tenían frente a sí a catorce súbditos españoles, y además todavía a los parientes de Felipe II Alberto y Andrés de Austria, así como a Farnesio y a cinco cardenales enteramente adictos al Rey, por tanto en total veintidós, a los que se añadían aún otros con los cuales podía contar España por las pensiones que les pagaba (2).

Para quebrantar el excesivo influjo de los españoles en el supremo senado de la Iglesia y darle un contrapeso, Clemente VIII en 1596 y 1599 confirió la sagrada púrpura a numerosos personajes neutrales. Como siempre era prudente y remirado, hizo esto sin convertirse en protector de la oposición política, contraponiendo a los fines terrenos de España el punto de vista puramente eclesiástico (3).

El 5 de junio de 1596 fueron nombrados: un francés (Ana d'Escars) y dos españoles (Francisco Guzmán de Ávila y Fernando de Guevara), fuera de éstos sólo italianos beneméritos, obligados al Papa y políticamente neutrales, es a saber, Silvio Savelli, patriarca de Constantinopla y vicelegado de Aviñón; Lorenzo Priuli, en otro tiempo embajador en Roma, después patriarca de Venecia; Francisco María Tarugi, el santo reformador de la diócesis de Aviñón; Octavio Bandini, obispo de Fermo, que desde hacía mucho tiempo estaba unido en amistad con Clemente VIII; Francisco Cornaro, obispo de Treviso, que trabajó allí con el espíritu de la reforma católica; Francisco conde de San Jorge y Blandrata, obispo de Acqui; Camilo Borghese, vuelto hacia poco de su misión a Felipe II; Lorenzo

(1) C. Dolfín, *Relazione*, 470 s., 473, 479. Cf. Couzard, 222 ss.

(2) *Lettres d'Ossat*, I, 258 s.

(3) V. Herre, 643.

Bianchetti, en otro tiempo compañero de Clemente VIII en su legación a Polonia; los auditores de la Rota Pompeyo Arigoni y Bartolomé Cesi, Andrés Peretti y finalmente, resplandeciendo sobre todos, el tan modesto como docto Baronio, a quien el Papa hubo de mandar la aceptación de la sagrada púrpura (1).

En la creación de 3 de marzo de 1599 (2) recibieron el capelo: dos franceses (Ossat y Sourdis), el español Bernardo Sandoval, el alemán Francisco de Dietrichstein, además Alejandro de Este, a quien se le había prometido el cardenalato en la adquisición de Ferrara, y todavía otros ocho italianos enteramente neutrales en política, casi todos los cuales se acreditaron de excelentes príncipes de la Iglesia. Con el nombramiento de Bonifacio Bevilacqua, que se señaló como gobernador de Camerino, quiso Clemente VIII dar también una muestra de favor a sus nuevos súbditos de Ferrara. El milanés Alfonso Visconti había ejercido bajo el pontificado de Gregorio XIV la nunciatura cerca de Rodolfo II, y luego la que había cerca de Felipe II, al paso que bajo el pontificado de Clemente VIII se le había confiado una misión a Pensilvania en interés de la guerra contra los turcos. El docto canonista Domingo Tosco procedente de una familia pobre debió su encumbramiento al cardenal Pedro Donato Cesi; recibió la sagrada púrpura en recompensa de su excelente administración de Roma durante la permanencia de Clemente VIII en Ferrara (3). Al servicio del cardenal Cesi había

(1) V. *Acta consist., Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*; *Avviso de 5 de junio de 1596, Urb., 1064, I, *ibid.* (cf. la *carta de L. Arrigoni, de 5 de junio de 1596, *Archivo Gonzaga de Mantua*); *Lettres d'Ossat*, I, 264 s., 270 s.; *Dolfin, Relazione*, 254; *Carte Strozzi*, I, 2, 247. V. también los *breves a Felipe II, al dux de Venecia y a Enrique IV, de 12, 14 y 15 de junio de 1596, Arm. 44, t. 40, n. 276, 282, 284, *Archivo secreto pontificio*. Hay biografías de los nuevos cardenales en Ciaconio, IV, 287 ss. y Cardella, VI, 161 s. Varios cardenales de Clemente VIII son caracterizados de una manera interesante en Ianni Nicii *Erythraei Pinacotheca* I, Coloniae Agripp. 1645 (sobre Erythraeus=van Roscius v. Orbaan, Roma, 234). El *original del testamento de Tarugi, fechado en Roma a 2 de abril de 1603, fué subastado hace algunos años por el anticuario de Viena, Rauschberg.

(2) V. *Acta consist., loco cit., y la *relación de J. C. Foresto, de 6 de marzo de 1599, *Archivo Gonzaga de Mantua*. La promoción se coloca falsamente por muchos, también por Cardella (VI, 47) y Garampi (334), en el año 1598. Sobre la historia de las circunstancias que la precedieron, además de las relaciones florentinas que se hallan en Desjardins, V, 366 s., v. también la *relación de Ludovico Cremaschi de 28 de marzo de 1598 y *la de J. C. Foresto, de 20 de febrero de 1599, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Un retrato del cardenal Domingo Tosco conserva la galería de Viena.

también estado Pablo Emilio Zacchia; su tío Marcelo de Nóbili, a quien el Papa había otorgado el cardenalato, dirigió la atención de éste hacia su docto sobrino, el cual fué honrado por Clemente con una misión a Felipe II y se granjeó en alto grado la confianza y el favor del Papa. Fué un desacierto la elevación del joven Juan Bautista Deti nombrado a ruegos de Pedro Aldobrandini, pues su conducta fué más tarde indigna, y obligó al Papa a proceder contra él. El luqués Buonviso Buonvisi se había señalado en la guerra contra los turcos como comisario de las tropas auxiliares pontificias; nombrado en 1602 arzobispo de Bari, fué el modelo de un prelado temeroso de Dios y celoso de la reforma. Doctos y piadosos varones de primer orden, de los que podía estar orgullosa la Iglesia, fueron finalmente Silvio Antoniano y Roberto Belarmino (1).

Como con sus nombramientos de cardenales, así también de otra manera trabajó Clemente VIII, fortalecido por Baronio (2), contra la excesiva preponderancia de los españoles en la curia, favoreciendo la formación de un contrapeso francés. Fué tan allá, que hablando con Béthune manifestó el deseo de que residiesen en Roma más cardenales franceses (3). Así también lo aconsejaron Aldobrandini y Médicis. Pero la ejecución de este impulso no fué al principio posible; el cardenal Gondi era demasiado viejo, Givry no bastante rico, Sourdis estaba retenido en Burdeos por la contienda con su cabildo, y Joyeuse temía el clima romano (4).

Entre tanto Béthune reclutaba partidarios no sólo entre los cardenales, sino también entre los prelados más influyentes de la curia. Pero sobre todo procuraba atraer a sí al poderoso cardenal Pedro Aldobrandini, halagando la vanidad del nepote y promoviendo sus intereses materiales. A la verdad el cardenal no podía fácilmente

(1) Cf. *Lettres d'Ossat*, II, 34 s., los *Avvisi de 3 y 6 de marzo de 1599 (Urb., 1067, *Bibl. Vaticana*) y los *breves al cardenal Sourdis de 19 de marzo y al cardenal de Sens de 20 de marzo de 1599 (los nuevos cardenales son verdaderamente viri lectissimi doctrina, vita et usu), Arm. 44, t. 43, n. 161, 165, *Archivo secreto pontificio*. Hay biografías de los nuevos cardenales en Ciaconio, IV, 314 s.; Cardella, VI, 47 s.; Novaes, IX, 47. Sobre Deti v. Bentivoglio, *Memorie*, 126, sobre Zacchia Garampi, 334.

(2) V. en el n.º 34 del apéndice la *relación de J. C. Foresto, de 5 de junio de 1599, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Rott, *Henri IV*, p. 122.

(4) V. Couzard, 245. Sobre la contienda del cardenal Sourdis, en la que intervino también Clemente VIII, v. Alain-Tamizey de Larroque, *Fr. de Sourdis et l'affaire des autels*, Burdeos, 1893.